

*
* *

Esta es también una manera de discutir: cada cual tiene la suya, determinada por el temperamento mucho más que por el criterio. Razon por la cual, las maneras son innumerables y diversísimas.

Es uno de los estudios más amenos y de los primeros que hay que hacer sobre los propios amigos.

Ved solo la reducida concurrencia de la sala azul del Círculo de la Independencia: es una corona de originales maravillosos.

Hay un profesor de botánica, un hombre tranquilo y dulcísimo, el cual tiene tal terror por las discusiones, por la dolorosa sacudida que dan á sus nervios de mujer histérica, que permite decir en su presencia los más intemperantes y provocadores despropósitos, aun en su ciencia, sin despegar los labios, por más que sufra interiormente las penas del infierno; ó si llega al extremo de no poderse contener, expresa apenas su parecer contrario, y visto que el amigo insiste, se dá en seguida por vencido

y no ya con ironía, sino con aire de convicción, humildemente, aquietando todavía con acariciadoras palabras, los últimos ataques del adversario y suplicándole que lo deje, con sonrisa contrita y amorosa.

El abogado, su primo, por el contrario, está tan convencido de ser un razonador extra-potente, irresistible, fulmíneo, que cuando os ha dicho:

—No soy de vuestro parecer,—levanta los ojos para ver si no sois todavía presa de temblor convulsivo; sonríc con una expresión de piedad infinita, á cada argumento que le opondis, como á una tentativa de insubordinación de un moribundo; vuelve sobre los amigos una mirada llena de estupor, que parece querer decir:

—¿Todavía respira?

Os dá con la mano golpecitos en la espalda con aire bondadoso, como para aseguraros que os perdonará la vida; y si os manteneis firme, os dispara, al fin, resentido, ahuecando las palabras, su argumento decisivo; despues de lo cual, por caridad cristiana, rehusa absolutamente continuar ensañándose sobre vuestro cadáver.

*
* *
*

Tiene un método de discusión no menos curioso, ni menos cómodo, su vecino, el ingeniero mecánico, el cual dice siempre la misma razón y la dice una sola vez, limpia y seca; después de lo cual se vuelve de espaldas, bebe su café, lee su periódico, se limpia las uñas, deja que vosotros os desgañéis argumentando... No se digna dirigirnos una mirada: solo repite de vez en cuando, á intervalos regulares, tranquilamente:

—¡Majaderías, majaderías, majaderías!

Hasta que desesperados de aquel sonsonete que os barrena la tapa de los sesos, le dejáis, para no armar un escándalo: sin embargo, tiene en el nacimiento de la nariz una cicatriz antigua, que se dice producida por un tintero de bronce.

Los dos señores que están en frente de él, discuten por el contrario con un método singular que concilia admirablemente la franqueza y la cortesía: jamás se

da el caso de que monten en cólera: rebaten sus razones diciéndose uno á otro:

—Esto, déjeselo decir, es una borricada.

—Perdóneme: en todo caso será la de V.

—¡Bah! Eso es una barbaridad indigna de V.

Y así continúan disputando, con una graciosa soltura que hace imposible todo resentimiento.

Hay un periodista que vence á todos, pero con un sistema que se podría llamar del *cansancio*; sus discusiones son la historia del infinito; acaba con vosotros á fuerza de promesas y declaraciones; procede por vía de exclusion y cuando empieza á apretar el pulgar con dos dedos, podeis estar seguro que todos los diez de ambas manos seguirán el mismo camino quizá más de una vez. Os tiene una hora detenidos sobre un argumento cornudo; os lanza una imprecacion cada vez que cometeis la imprudencia de interrumpirlo; hila la cosa tan larga, tan lenta, tan delgada con aquella su entonacion cadenciosa de relator de Audiencia que termina por obligaros á que os deis por vencidos para daros el placer de no tenerle que escuchar más.

Tambien tiene gracia la manera de discutir de su *alter ego*, el agente de cambio, si no tuviera el furor indomable de los parangones materiales: hablando, busca continuamente con las manos algun

argumento de demostración palpable: pone las monedas en fila, en la mesa; dibuja una figura geométrica sobre la targeta; pone derechos, uno delante de otro, dos libros; levanta dos sillas, se hace traer objetos por los vecinos, obliga al adversario á colocarse en cierta posición, y lanza fuera semejanzas tan inesperadas, tan complicadas y difíciles, que permanecéis delante de él sin atreveros á consentir ni á contradecirle, como en la presencia de un prestidigitador que hiciera ante vosotros un juego que no comprendiéseis.

Pero el más formidable de todos es el joven empleado de la *Bacófila*; un contrabandista, un verdadero monedero falso de la discusión; combate en todos los campos de lo posible, provoca á todos aun en las materias de su propia profesión, suelta anacronismos rancios con cara imperturbable, os detiene la palabra en la boca, se desdice, inventa citas, fabrica testimonios, *niega* siempre, no *concede* nada, no *distingue* jamás, os aturde con argumentos de bastón, hace frente á diez adversarios, de los que, uno sólo, bastaría á destrozarle; se levanta más temerario á cada revolcón, vocea desde las nueve hasta media noche, y no cede.

Por fin el decano de la compañía, un viejo filósofo, el hombre más manso del mundo, algunas

veces, mientras aquel habla, se pone á palpar de cierta manera inquietante, la gruesa botella de cristal que siempre tiene delante.



Este parece verdaderamente el más sábio de todos. De una vasta y larga experiencia de las discusiones, ha deducido una série de máximas prácticas, que le oí repetir una tarde, con mucho cariño á un sobrino jóven, salido un poco escandalizado de una disputa furiosa, á la que había asistido, entre los amigos de su tío.

—Discutiendo con los amigos—le decía,—no expresar jamás tu juicio en forma irrefutable.

Busca exponer tus opiniones sin combatir de frente las del adversario, de modo que la discusión proceda casi como dos soliloquios interrumpidos y alternados.

No responder inmediatamente á las razones que te opone el amigo irritado: piensa ó finge que piensas: no hay cosa que sirva mejor á apaciguarlo y á mantener la discusión sobre la línea recta.

Cuando el amigo levanta la voz improvisada-

mente, baja repentinamente la tuya: es una advertencia eficaz que lo refrena más que todas las palabras.

Gesticula lo ménos que puedas y pon las manos en los bolsillos en los momentos de mayor animación, porque lo que dicen las manos es muchas veces más irritante que lo que dicen los labios.

A la primer salida que haga el amigo irritado lanzándote una palabra maligna, responde con mayor bondad que antes, mostrando, sin embargo, que has comprendido la palabra: si es un caballero, pronto buscará modo de desdecirse dignamente.

Cuando veas que la discusión está en un terreno peligroso para la amistad, deténla bruscamente con una palabra resuelta, confesando abiertamente por qué la rompes de aquel modo, que es la única razón aceptable y conciliadora.

Cierra delicadamente la discusión en que resultes victorioso, cuando leas en la cara del amigo que persiste en disputar solamente porque no sabe cómo salir de la discusión.

No discutir jamás con quien, por insuficiencia de inteligencia ó de conocimientos, te obliga á hacer razonamientos de municion, de los cuales te avergüenzas.

No aceptar jamás una discusión á que te provoca un amigo de mal humor.

No disputar en presencia de gente que te vea por primera vez.

No empeñarte en una discusión ardiente con quien es mucho más viejo ó mucho más joven que tú.

No disputar sobre una obra de arte con quien la ha hecho.

No disputar con el amigo, en presencia de una señora á quien quiera gustar.

Evita las disputas con amigos en tu casa.

No discutas sobre la inmortalidad del alma después de la comida.

Y en toda discusión, ten presente estas tres PPP: perdonar, ponderar, poner á prueba la paciencia.



A TRAVÉS DEL MUNDO

